



REVISIÓN CRÍTICA

Irazuzta, Ignacio y Martínez, María (coords.)

De la identidad a la vulnerabilidad. Alteridad e integración en el País Vasco contemporáneo.

Barcelona: Bellaterra, 2014, 229 pp.

Ivana Belén Ruiz Estramil*

* Universidad del País Vasco
ivanabelen17@yahoo.es

Vulnerabilidad, hace algunas décadas, bien podía ser el antónimo de lo que traía de sí el concepto de identidad, asociado a lo seguro, a lo propio, estático. En el caso vasco, "identidad" ha sido un término polémico, con fuertes tensiones, que tras muchos años, ha tratado de erigir la bandera de la institucionalización como la fórmula "mágica" de legitimación, de resolución de la polémica. Atrás quedan parcialmente las etapas en las que la identidad se apoyaba en lo racial o lingüístico, dando paso a una nueva etapa.

Enmarcado en una investigación europea —TOLERACE. The semantics of tolerance and (anti)racism in Europe: public bodies and civil society in comparative perspective—, el libro aquí reseñado centra su análisis en el País Vasco, atendiendo a ese "modus operandi" de la política actual que convierte al "otro" en vulnerable para hacerlo luego en sujeto de integración. Bajo el subtítulo de "Alteridad e integración en el País Vasco contemporáneo", los autores abordan puntos clave de la gestión del "de fuera", pero al mismo tiempo de definición del "de dentro", a lo largo de cinco capítulos que abordan temáticas muy concretas y que fácilmente se pueden leer de forma independiente, formando a la vez un conjunto coordinado y coherente como resultado de estar apoyado sobre una misma investigación.

Tratando de ofrecer una visión que pone en el centro al "otro" como un vulnerable, se presenta un trabajo que se aleja de la extensa bibliografía sobre migraciones que se empieza a producir masivamente en la década de los noventa, precisamente cuando el fenómeno se hace más notable. Más notables también se hacen las políticas de integración, y es justamente en esto en lo que repara el primer capítulo, pasando luego al terreno de la educación,



como institución promotora de inclusión. En un tercer capítulo se aborda el trabajo como empleo, analizando las diferencias entre los "temporeros y asentados", para en el siguiente capítulo, entrar en el terreno de la integración como herramienta de ocultación del racismo. Un último capítulo nos lleva al terreno más metafórico de lo vulnerable poniendo sobre la mesa el juego del "otro" y del "nosotros".

En la presentación nos encontramos con una contextualización de la inmigración en el País Vasco, mostrándonos al mismo tiempo las diferentes etapas sobre las que se ha apoyado la reivindicación de identidad vasca desde el plano más institucional. Esto pone en situación al lector, ayudándole a comprender más claramente todo el análisis que se va a desarrollar posteriormente en los capítulos, y en donde el "otro" es contemplado como vulnerable, como "falta de" esos componentes sobre los que se ha asentado la supuesta homogeneidad identitaria del "nosotros", algo que lleva a contemplar a ese "otro" como un sujeto de intervención social, alejando así la cuestión del racismo.

En el primer capítulo desarrollado bajo el título "El gobierno de los «otros» en el País Vasco: ciudadanía inclusiva y políticas de integración", Daniel Muriel plantea el estudio de los planes vascos de inmigración como políticas de integración. Bebiendo de la teoría foucaultiana, trata esos planes de inmigración como: "tecnologías de gobierno concretas dentro de la cuestión más general de la gubernamentalidad" (p. 40). ¿Qué nos quiere plantear con esto? Fundamentalmente nos habla de los mecanismos de control e intervención que se establecen en relación a ese "extraño" que llega. Extraño que se convierte en sujeto de intervención bajo una voluntad de integración. Es decir, el sujeto que estaba fuera y que por lo tanto no se le contemplaba, es introducido en el "nosotros" bajo la premisa de haberlo convertido en un sujeto de gobierno, mediante el desarrollo de una serie de políticas diseñadas específicamente para atender a esa población: los planes de inmigración. La condición de oportunidad para el desarrollo de estas políticas dirigidas a la inmigración vienen dadas por la promoción de igualdad de derechos, algo que como se señala en el texto, constituye uno de los acicates más firmes con los que llegar a ese "otro".

Este capítulo nos deja, y valga decirlo a modo de síntesis, un análisis muy concreto de las políticas de integración, que terminan alejando debates sobre racismo, xenofobia o exclusión, para hablar en clave de interculturalidad. Interculturalidad e integración que serán abordados con la intención de gestionar a ese "otro" construido como vulnerable. Pero también hay que



señalar un hecho importante en referencia a las propias competencias en promoción de políticas que recaen sobre Euskadi, siendo necesario aclarar que su estatus de nación sin Estado, no dispone de competencias en materia de inmigración, no obstante, al sí tener la potestad de legislar en políticas de inclusión y diversas ayudas sociales, encuentra aquí un espacio para indirectamente actuar en materia de inmigración, yendo incluso más allá, al introducir en la misma categoría (vulnerable) a otras poblaciones como la gitana.

El capítulo 2, titulado “La educación de los «otros»: gestión de la diversidad y políticas interculturales en la escuela inclusiva vasca”, que corre a cargo de María Martínez, centra el análisis en la institución educativa. Dentro de un marco de declive de las instituciones modernas, el análisis del sistema escolar se muestra aquí esclarecedor al permitir hacer una cartografía que refleja una distribución del alumnado, en función del centro (público-privado/concertado), pero, sobre todo, en función del modelo lingüístico de adscripción (A, B, D¹).

Aquella institución encargada de crear sociedad, de reproducir homogeneidad, se encuentra con una sociedad cada vez más heterogénea a la que sólo le queda adaptarse. Aquí empiezan a sobresalir elementos claros de diferenciación entre población inmigrante y población autóctona. Resaltando claramente el modelo lingüístico en el que se recibe la educación como ese factor diferenciador, tanto así que “los modelos lingüísticos reproducen especialmente la diferenciación entre propios y extraños, dibujando una cartografía escolar que, a grandes rasgos, ubica al alumnado autóctono en el modelo D y a inmigrantes y gitanos en el modelo A” (p. 82).

Este análisis presenta un modelo educativo reproductor de una dicotomía “autóctono-extranjero” al mismo tiempo que refuerza el gran peso que la lengua tiene en la conformación de la identidad vasca, pero más aún, muestra el papel de las instituciones públicas en la reproducción de esta predominancia de la lengua como elemento central de la identidad vasca. La escuela es entonces un espacio profundamente normado como demuestran los numerosos planes de acción, decretos y programas de atención, analizados en el capítulo, todos ellos enfocados a la integración del alumnado inmigrante dentro de un discurso de interculturalidad, en donde incluso existe una figura

¹ El modelo A se corresponde con una enseñanza enteramente en castellano en donde el euskera es una materia más; en el modelo B en torno a la mitad de las asignaturas se imparten en castellano y la otra mitad en euskera; por último el modelo D, con todas las asignaturas en euskera, en donde el castellano es una asignatura más.



—Dinamizadora Intercultural— que vela por las buenas prácticas de la misma. Este marco ofrece, por un lado, la reproducción del “otro” en términos de vulnerable por contemplar al alumno, e incluso a su familia, dentro de la categoría de excluido y, por otro lado, una celebración de la diversidad en términos folklóricos que acrecienta la distancia entre el “nosotros” y el “otro” en un diálogo que no se desarrolla en un marco de paridad, evadiendo una vez más la cuestión del racismo.

En el capítulo 3 desarrollado por Ignacio Irazuzta y Elsa Santamaría, “El trabajo de los «otros»: «temporeros y asentados» en la Rioja Alavesa”, los autores estudian el trabajo, siendo éste uno de los factores de integración fundamentales de las sociedades occidentales. Cuando se aborda trabajo e inmigración, y posteriormente se diferencia entre temporeros y asentados, se nos acerca un escenario muy claro, en donde se deja ver cómo el régimen de trabajo marca una diferenciación a nivel social, además de promover políticas de intervención, y acarrea conceptualizaciones muy diferentes acerca de la inmigración. Así, el trabajo, esa institución que parecía haber perdido fuerza como fuente de socialización, se presenta ahora como un terreno de disputas.

El temporero se presenta como imagen de la vulnerabilidad, sujeto a explotación y discriminación, es la imagen clara de la alteridad, del excluido que no tiene expectativas de inclusión. Es éste un “otro” que nunca será incluido como un igual. Frente a éste, encontramos la figura del asentado, perteneciente a una inmigración “que compete y es colocada en el opuesto a la autoctonía” (p. 129). El asentado representa una variante diferente de ese “otro”, alguien con quien se compete, y que en tiempos de crisis se convertirá en el chivo expiatorio. Se nos señalan numerosas distinciones que guardan relación con la inmigración y el trabajo, diferentes en relación al punto de enunciación desde el que se realicen, “con papeles/sin papeles”, “temporeros/asentados”, “con trabajo/sin trabajo”. El trabajo se presenta como el mecanismo que ordena una clasificación social, y donde su falta deriva en una clasificación en términos de vulnerabilidad, tratándose desde las instituciones políticas por los cauces de la exclusión y alejándose de la cuestión racial.

El capítulo 4, “Esquivando el racismo: el paradigma de la «integración» en las sociedades europeas y vasca contemporánea”, desarrollado por Silvia Maeso y Beatriz Cavia, aborda el paradigma de la integración en las sociedades europeas y vasca actuales, presentándonos el racismo como una cuestión estructural, un sistema de dominación. En estos términos, el racismo parece haberse alejado del debate público con el simple imaginario de haberlo



superado y su planteamiento actual solo podría entenderse en términos de integración. Nuevamente la integración aparece como un mecanismo de separación y generación de un "otro" (étnicamente marcado) y un "nosotros" (neutral y no marcado étnicamente).

Los nuevos tiempos y la consecución de un proyecto europeo traen consigo innumerables legislaciones y declaraciones de intenciones que parecen alejar cada vez más el concepto de "raza" en beneficio de un compromiso con la igualdad en donde se reserva este concepto como un "resto" de ese pensamiento europeo pasado. El propio lenguaje se empieza a modelar para eliminar el concepto de raza del discurso político. El caso norteamericano es aquí el modelo a seguir por el paradigma europeo en donde el mantener las «certezas raciales» que privilegiaban al hombre blanco podría ser el desencadenante de una venganza de los "otros" en un contexto político de reivindicación civil. El nuevo planteamiento hacia el "otro" ha de ser el de la integración, una integración que no dificulte los modos de hacer de la sociedad receptora. La nueva construcción de europeidad se suscribe en el terreno del derecho, reivindicándolo, y entonces el contacto con los "otros" ha de hacerse ahora en términos de integración, diluyéndose el concepto de racismo. La articulación específica de las políticas de integración en el País Vasco muestra el silenciamiento de la cuestión racial y la elaboración de un discurso en términos de integración e interculturalidad. El trabajo de campo da muestra de cómo a pesar de ciertas especificidades en la construcción de la identidad en el caso vasco, se pueden ver elementos similares respecto al resto de Europa en la forma de promover las políticas de integración e interculturalidad.

El último capítulo, "Y más allá de la identidad, la vulnerable víctima: zombis, llantos papales e inexistencia social", desarrollado por Gabriel Gatti, se focaliza en el terreno de las metáforas sobre la vulnerabilidad abordando de este modo la producción de alteridad. Nos muestra un nuevo marco donde todos los individuos están incluidos en el concepto de humanidad. Un todo común a todos, humanidad, en el que el contacto con el "otro", la frontera entre el "nosotros" y el "otro", "no está ya en el género humano, sino fuera del mundo social" (p. 204), esto hace de ese "otro" un sujeto al que integrar en "nuestro" mundo social, en el que no ha participado para delimitar los términos de su integración. El "otro" es así vulnerable en cuanto carece de esos componentes del mundo social al que va a ser integrado, como tal se le construye y como tal ha de reconocerse.

La imagen de un afuera radical, la inexistencia, la incapacidad de contemplar la muerte del "otro" como llorable, se convierte en la forma más extrema de



alteridad. El llanto es aquí la metáfora —y no tan metáfora— que introduce al “otro”, a un “otro” padeciente. En un hilo de dependencias, en donde “todos somos, en potencia, víctimas y/o protectores de víctimas” (p. 207), se construye la nueva imagen de un ser actual que se erige sobre el paradigma de un ser vulnerable, víctima, dejando atrás la era de la ciudadanía. En un nuevo escenario en donde las políticas incluyen al “otro” en términos de vulnerable, la condición de ser, pasa a estar sujeta a esa condición de vulnerable, de víctima que se convierte en “acompañante necesario de la condición ciudadana” (p. 208). El estar inmerso en el concepto de humanidad no implica necesariamente estar inmerso en determinado mundo social. El debate así se deriva hacia la entrada en el mundo social de la sociedad receptora, hacia los modos de conseguir esa entrada, lo que lleva la mirada hacia las políticas de integración en ese mundo social, hacia la construcción de ese “otro” como vulnerable, como sujeto que necesita ser atendido. A lo largo de todo el trabajo se ha mostrado esta preocupación y se ha delimitado el nuevo escenario para la producción sociológica.

Nuevo escenario de producción sociológica, marcado por el concepto de vulnerabilidad como tratamiento del “otro”, privado así de una identidad propia. Un escenario de silenciamiento de la cuestión racial. El “otro” es vulnerable, y sólo en tanto que tal debe de reconocerse y actuar, la interculturalidad es el discurso sobre el que se articula el contacto con el “otro”, contraponiéndola a una idea que se tiene del “nosotros”, pasando a ser la base sobre la que se promociona la alteridad.